

Antonio Preciado sobre *El perpetuo exiliado*

Siempre me había preguntado cómo sería el solemne José María Velasco Ibarra en sus adentros, qué alquimias del pensamiento y el espíritu hacían que tuviera como sólida la imagen que proyectaba, si estaría seriamente convencido de los efectos objetivos de la tercera unción con que se consideraba un visionario, si José María le daría con sinceridad la razón y creyera en todo lo que decía Velasco Ibarra.

Con su formidable novela *El perpetuo exiliado*, Raúl Vallejo despeja mis dudas, pues me convence el agudo, visible, asible, audible retrato introspectivo que construye del personaje, junto al también fino de su cónyuge, que le es infaltablemente complementario. Mucho se ha escrito acerca de Velasco, pero la mayor parte queda en la superficie anecdótica que aporta el rastro aún fresco de la historia. Para mí, el gran logro de Vallejo es el de adentrarse en su psiquismo mediante una urdimbre narrativa llevada con gran destreza de principio a fin.

En las páginas de *El perpetuo exiliado* el lector se familiariza tanto con los peculiares rasgos conductuales de don José María como para sentirse inducido a pensar en zonas escabrosas por las que el autor no anda: yo, por ejemplo, casi puedo verlo filosofando silencioso, hierático, antes de concurrir al delicadísimo encuentro que culminaría en un austero orgasmo o, tal vez, en un escandaloso estallido de toda la tensión de su ser.